

El Caribe nos mira

Néstor Martínez Celis*

“... La obra de arte ya no es ese sujeto autónomo y separado de lo real que nos habla de una belleza etérea y universal (...) El arte está perdiendo su lugar sagrado tradicional y se ve animado a tender puentes que lo contaminen con lo social, con lo político, con lo sexual, con lo étnico y así reformula y reinventa estas nociones.”

Rosa Martínez

El Caribe colombiano unido histórica y socioculturalmente al gran Caribe es una inmensa zona de fronteras móviles marcada por migraciones constantes, en el pasado y en el presente, lo que configura un contexto de transculturación e hibridación continuo. El sincretismo, el mestizaje de razas y de costumbres, la instalación en la globalización, los efectos de la diáspora y el obligado nomadismo laboral contemporáneo, incuban una situación de tránsito continua, de identidades flotantes que generan nuevas estrategias de supervivencia y resistencia.

El Caribe significa diversidad, encuentros y mixtura de variadas afirmaciones culturales y estéticas. Más que un territorio geográfico o una delimitación político administrativa, el Caribe es una presencia cultural, una entidad vital de mezclas de sentires y pensamientos.

Consubstancialmente, la producción artística del Caribe se mueve dentro de una gran diversidad, sin escuelas ni marcas estéticas hegemónicas. Esta gran diversidad y juego caleidoscópico de posibilidades artísticas señala un campo de identificación cultural y genera un gran ángulo de giro para que las prácticas artísticas puedan moverse entre la emulación e inscripción dentro de circuitos centralizadores y la creación de zonas limítrofes con cultura propia de resistencia.

En medio de la variedad de propuestas en el campo de Artes Visuales del Caribe colombiano podemos distinguir un conjunto de obras que son producto de una investigación-creación estructurada como un proceso, en la cual el artista emplea una multiplicidad de técnicas experimentales, materiales inusuales y procedimientos particulares que le significan un conjunto de secuencias y pasos que necesariamente tiene que organizar en su mente, consolidando una mayor organización en la “puesta en espacio” de su producto creativo.

La curaduría “El Caribe nos Mira” logró apreciar que una de las tendencias en ascenso en el arte de todo el Caribe es la que propone una nueva mirada hacia la ciudad. Mirada que se fundamenta en vivencias y en un tejido de experiencias diarias, cotidianas, que participan en la construcción de nuevos imaginarios. Nuevos significados, nuevas intencionalidades estéticas que privilegian las relaciones de los individuos con el entorno urbano y se muestran ricas en narrativas y renovados mitos citadinos.

Un aspecto llamativo del trabajo de algunos artistas tiene que ver con la estética de la recepción social de la obra de arte y la interacción con el público. Dentro de la producción artística de la región, existen unas obras que son más dialogantes que otras, es decir que su autor trata de involucrar de una manera más activa al público en ese encuentro arte-espectador. Gran parte de las obras seleccionadas se relacionan con el espacio público de la ciudad; algunas salen del recinto cerrado para tomarse el espacio urbano y obligar al transeúnte, al ciudadano a mirar y participar del fenómeno artístico. Con estas actitudes, los artistas enfatizan conceptos sobre un arte que recobra su función social como fenómeno impactante en la cultura, y como tal, no pasa desapercibido para el conjunto de la sociedad ni queda recluido en nichos selectos o apreciado sólo por un sector elitista de la población.

Pero, la ciudad no logra desasir del todo unas identidades que afloran desde la vida campesina y que toman fuertes presencias mediante la precariedad socioeconómica y la vivencia del conflicto, y abordan el campo estético no solo como identificación política sino como trauma sociocultural.

Igualmente, podemos observar trabajos donde se toma el cuerpo como eje de ritualización de la existencia. Ya no se dan muchas propuestas, como en otras épocas, cuando se presentaba el cuerpo físico, plástico. En cambio, otras obras emplean el cuerpo representado en la imagen fotográfica que favorece los encuentros con lo real, aludiendo a problemáticas que se pueden captar en toda su intensidad sólo mediante la representación del cuerpo que hace visible los estigmas y el malestar cultural.

La curaduría percibió planteamientos formales y estéticos que surgen de los sentimientos y formas de vida de comunidades populares, que se apartan de los formatos culturales “elevados” o “finos” impuestos a través de la historia por las clases dominantes. La rica cultura popular con su sello de carencias y precariedad, de resistencias y apropiaciones, y con la fuerza de la construcción colectiva arraigada emerge para excitar los planteamientos y visiones artísticas. En algunos momentos, el arte interviene como catalizador de estos nuevos procesos de subjetivización popular, siendo intermediario entre diferentes formas de conocimiento y al mismo tiempo constructor de realidad a través de la experiencia consciente.

El grupo Ros K, conformado por cinco artistas de Sucre, Ilén Basilio, Samith Centanaro, Amauri Arrieta, Antonio Meza, y Ever Ucrós investiga los cambios estéticos producidos por emergentes fenómenos socioculturales en Sincelejo y otras ciudades del Caribe. Los artistas realizan intervenciones urbanas en torno a la irrupción del llamado mototaxismo, como una forma precaria de transporte urbano que se ha desarrollado en casi todas las capitales de la Costa, pero también como una problemática sociocultural que no sólo es de tránsito urbano sino de fuertes implicaciones económicas de atraso, desempleo y marginalidad.

Por su lado, el grupo Bi-Infrarrojo (Milena Aguirre y Rafael Barraza), con su obra “Domicilios Urbanos” utiliza la fotografía en blanco y negro para captar imágenes –tamaño natural– de puertas de casas de barrios marginales de Barranquilla, detrás de las cuales han ocurrido tragedias, crímenes y diferentes acontecimientos luctuosos. Las 11 puertas que presentan en el Salón se muestran desvencijadas o impecables en su estética popular y, al estar cerradas o próximas a abrirse, nos impiden la visión del interior, pero a la vez nos anuncian un misterio y activan el deseo por conocer los enigmas que ocultan.

Con su trabajo “Recibo de corte”, el artista John Cantillo emplaza en distintos sitios de la ciudad fotografías murales con inmensos rostros de personas, contrastadas con un fondo “alfombrado” de recibos de cobro de servicios públicos. Los retratos de estas personas, pacientemente buscadas y localizadas por el artista, muestran los estigmas del maltrato de la fuerza pública por manifestar su descontento contra la cara e ineficiente prestación de los servicios públicos en los barrios del sur de la ciudad de Barranquilla.

El grupo Indocumentados de Sigrid Ferrer y Luis Romero presentan “Colombia Icónica”, donde intercambian, venden y reparten por toda la ciudad miles de camisetas estampadas con imágenes caricaturizadas de la realidad nacional. A esas imágenes yuxtaponen –con cáustica mordacidad– citas textuales de discursos de importantes personajes de la vida política colombiana de los últimos cincuenta años.

Karina Herazo, con su obra “Tierra Sangrante”, experimenta un arte efímero al aire libre, que persigue una interlocución más directa de la obra de arte con el espectador. La artista inventa juegos alegóricos con las formas cuerpo-mujer madre-Tierra, ritualizando su cuerpo para activar una reflexión sobre los desastres ecológicos que ocurren en la región y por la explotación indiscriminada y depredadora de recursos naturales que condena al planeta a una inexorable destrucción.

Utilizando la canoa –presente en el paisaje del Caribe– como recurso metafórico para provocar el sentido, Carlos Chacín emplaza al aire libre una escultura de la serie “Ni pesca ni Milagro”, donde manifiesta mediante el metal oxidado y la materia orgánica viva su visión sobre la problemática de las retenciones y secuestros de toda índole, que ha vivido el Caribe y Colombia en su historia reciente.

Fernando Mercado con “Hojas de Vida: Historias para armar” indaga sobre lo contradictorio y relativo de la utilización de las cosas por diversas culturas. Lleva dos años realizando una investigación donde emplea diversos medios participativos como dibujos, intervenciones fotográficas, textos y otros para plantear inquietudes al público sobre la variada utilización de las plantas de coca y marihuana, cuestionando su estela de dolor y muerte como drogas psicoactivas, pero reivindicando también su milenaria utilización simbólica y medicinal.

José Luis Quessep instala en el espacio tercios o enormes penachos de palma amarga, con la que se construye desde hace siglos los techos de las casas de los campesinos del Caribe y las mismas con las que hoy solo se construyen los quioscos de descanso en los patios de las familias ricas. La obra “Jardín “Amargo”, en parte realizada por jornaleros sucreños que el artista deliberadamente contrata, nos conecta reflexivamente sobre el entorno rural, la historia, y la precariedad de las condiciones laborales y de vida de los campesinos de Sucre.

Más de cien piezas escultóricas conforman la instalación “Sonajeros” del samario Rafael Gómez. Esta obra nos “aterriza” y ubica en la disyuntiva de si estamos percibiendo una profusión de formas terrosas que descienden en cascada o una escena terriblemente poética de la ascensión (o asunción?) de formas excavadas, especie de cráneos siameses, que presagian los misterios de la tierra.

Dalfre Cantillo, con su obra “Engendro” metaforiza la degradación del individuo (y de un proyecto de sociedad). Del estado de un ser civilizado, cimentado en la cultura humanística, se pasa a la transformación en un ente bárbaro o de atributos animalísticos. Cantillo le da forma plástica al personaje y a la vez nos devela la realidad nacional, donde el ya permanente conflicto colombiano engendra seres cercanos a los salvajes y depredadores estadios iniciales de la humanidad.

En “Ni héroes ni villanos”, Fernando Castillejo dibuja al grafito retratos de futbolistas del equipo popular Junior, con una técnica meticulosa y monástica disciplina en resistencia al acelerado mundo de hoy. Presenta a estos jóvenes como íconos de personajes del pueblo que alcanzan manoseada y pendular fama mediática, que hoy los exalta como semidioses y mañana los estigmatiza como granujas.

La artista guajira Bélgica Quintana elabora “Cuerpo de fantasía”, consistente en un gran cuerpo femenino realizado con piezas de bisutería. La artista instala en el piso del Salón centenares de joyas de fantasía que pacientemente ha recopilado de donaciones de mujeres guajiras, bogotanas y valduparenses, en referencia a la generalizada aceptación de lo falso, al simulacro y a las obsesiones de muchas mujeres cuya felicidad reside en lograr un cuerpo “fantástico”.

Carlos Restrepo va al encuentro del transeúnte de la ciudad con una serie de imágenes fotográficas, tamaño natural, de “El Siemprevivo”, un disfraz hiperbólico que el artista encarna todos los años en el Carnaval de Barranquilla. Un sinnúmero de puñales, machetes, zapapicos, cuchillos, serruchos y navajas penetran el cuerpo del personaje, pero no logran acabar con sus deseos de vivir y se mantiene siempre con un hálito de vida, en una tragicómica metáfora sobre la heroica lucha por la supervivencia del cada vez más empobrecido pueblo colombiano.

Con la transparencia del cristal y los vestigios del óxido y del paso del tiempo, Santiago Herazo reflexiona, con su instalación colgante “No Nombre”, sobre la desventura de la perdida de la memoria y del rastro perdido de las personas desaparecidas. Solo algunos tienen la fortuna de ser recuperados y nuevamente nombrados, como lo sucedido con las fosas comunes descubiertas en San Onofre, Sucre.

En “Pueblo Intonso, Pueblo Asnal” el artista Jair Galindo combina el signo lingüístico y la imagen dibujada minuciosamente al grafito para crear composiciones fragmentadas de gran formato que instala en muros públicos de la ciudad, aludiendo a la nefanda e irracional participación de jóvenes inocentes –y a la poste sacrificados– en el conflicto político militar colombiano.

Efraín Quintero también interviene el paisaje urbano con su trabajo “Desplazamientos”. Son centenares de pacas de paja de formas cilíndricas que desplaza del campo hacia las calles de la ciudad con la intención manifiesta de perturbar la visión acostumbrada y apacible del ciudadano rutinario. Estas grandes pacas, que no podemos borrar su presencia, nos recuerdan que del campo llegan muchas cosas y casos y que no debemos olvidar que como ciudadanos seguimos haciendo parte de la naturaleza.

Mediante el arte público y la metáfora, Moisés Garay concede la ansiada libertad a los músicos de la orquesta “Alta Seguridad” que se encuentran recluidos en la cárcel de Alta seguridad de Valledupar. Inspirándose en los picós de los bailes populares del Caribe colombiano, instala en la plaza seis grandes bafles musicales –con imágenes de los

Internos— que “reemplazan” a los seis músicos de la orquesta y, de esta manera, deleitan con sus voces y canciones al público asistente.

Nicolás Camargo crea una serie de pinturas de fuerte influencia de estética popular, llenas de sarcasmos y guiños políticos. En sus pinturas de pequeño formato tituladas “País Real” conjuga dos aspectos de la realidad colombiana: por un lado el país que sufre con la catastrófica problemática narco-política-militar-económica y por el otro el mismo país que banalmente delira con los reinados de belleza.

En la obra “Rutas y Leyendas”, a través de 31 imágenes trabajadas en diversos medios: dibujo, pintura, fotografía, grabado, Edwin Ramírez articula una narrativa sobre la huella histórica y los hitos del vallenato, como fenómeno musical de arraigada expresión popular en el Caribe.

María Liliana Mejía dibuja una miríada de imágenes extraídas de los sueños y visiones ligadas a vivencias cotidianas de indígena arhuaca que le ha tocado ser habitante de la ciudad. Con una expresión poética y sello muy personal, alejado de los clichés decorativistas que sobre su etnia realizan otros artistas para poder sobrevivir, en estas imágenes podemos seguir un proceso de identificación de signos y símbolos con su cultura ancestral, que ella utiliza como expresión de reafirmación y resistencia.

Ruby Rumié indaga por “Las Cosas de lo Real” empleando la fotografía para fijar la imagen de los habitantes del “Callejón Angosto”, una cuadra del barrio Getsemaní de Cartagena donde la artista tiene su taller. Cada persona del barrio se deja fotografiar, sin poses ni afeites, acompañada con el objeto más preciado, ese que primero salvaría de un incendio.

Con su obra procesual Facsímil II, la cartagenera Alexa Cuesta genera inquietudes sobre la globalización y lo postcolonial, cuando nos envía faxes en tiempo real, desde España, donde vive actualmente, de cartas y comunicados sobre el problema de las aguas servidas de su ciudad natal, que ella ha enviado y recibido de la empresa Aguas de Cartagena filial de Aguas de Barcelona, que presta el servicio público del preciado líquido en la ciudad de Cartagena.

* Curador del proyecto “El Caribe nos mira”, del XI Salón Regional de Artistas Caribe, celebrado en Valledupar, Cesar, en octubre de 2005.. Director y profesor del Programa de Artes Plásticas de la Universidad del Atlántico. Artista y crítico de arte.